

EMPERADOR.

¡Malhayan mis barbas canas
y manta que me cobija
tejida con tantas lanas,
que yo fuera por mi hija
á no tener almorranas!

VALDOVINOS.

Bien te oye don Gaiferos,
que tablas jugando está.

EMPERADOR.

Apartá, caballeros, apartá.
Eso sí, don Gaiferos,
usá del almidón y de las galas,
que es propio de valientes caballeros
andar siempre jugando por las salas.
¡Malhaya yo, malhayan mis dineros!,
que si yo no vistiera martingalas,
yo fuera caballero en mi cuartago
y en toda la morisma hiciera estrago.
¡Cómo está al galán tan bien la seda,
el cuello, el almidón, la cama blanda,
almizcle, ámbar, algalia!

DON GAIFEROS.

Ahí te queda,
que la corte, señor, ni nadie manda
que me afrentes, pues no ha dado la queda;
que en tocando, señor, la zarabanda
saldrá luego Gaiferos con su lanza
metiéndosela á alguno por la panza.

EMPERADOR.

Yo sólo por mi hija partir quiero.
Bien os podéis quedar acá jugando,
que libertarla aquesta vez espero.
Holgaos, que bien parece estar holgando;
yo quiero ir por ella. Vengan presto,
vengan mis armas, vengan mis caballos.

ROLDÁN.

Por tenelle con la sortija
me rasgara un dedo.¹

DON GAIFEROS.

¿Quién hay que no se espante y no se aflija
de ver que á mí me tratan desta suerte?
¡Oh! ¿Quién puede tener tanto sosiego?
De los vestidos y de mi reniego.
¿Para qué quiero plumas ni sombrero?
¿Para qué quiero cuello almidonado?
¿Para qué guante de ámbar? No los quiero;
ni tampoco calzones de brocado.
¡Que así me trate un hombre que es mi nuero,
sólo por verme estar allí sentado!
¡Ah, celos! ¡Ah, rigor! ¡Ah, impaciencia!
Caballeros, me voy, dadme licencia.

ROLDÁN.

Oid, señor don Gaiferos,
los del cuajar arranco,
que el regüeldo más de estima
dicen que es de un gordo rábano.
«Melisendra está en Sansueña;
vos en París descuidado;

¹ Así en ambos textos.

vos ausente, ella mujer
harto os he dicho; miradlo.»

DURANDARTE.

Yo, como pariente vuestro,
os daré un gran consejazo,
que el consejo, si es de muchos,
es mejor que un gran gazpacho.
Melisendra es garrapata
y vos sois escarabajo;
vos sois macho, ella es hembra.
«Harto os he dicho; miraldo.»

OLIVEROS.

Pues yo, no como pariente,
sino como paniaguado,
que los paniaguados son
devotos del Viernes Santo,
os quiero dar un consejo:
que subáis encima un asno
y busquéis á Melisendra.
«Harto os he dicho: miraldo.»

VALDOVINOS.

Pues yo, aunque á la postre vengo,
que la postre en estos casos
es la de mayor estima,
os daré un consejo sano:
Melisendra está en Sansueña,
vos en París, descuidado;
es mujer, querrá parir.
«Harto os he dicho: miraldo.»

DON GAIFEROS.

Yo os agradezco, señores,
tío, amigo, primo, hermano;
y ansina os quiero decir
que, porque estoy empeñado,
me prestéis para el camino
hasta un millón de ducados.

ROLDÁN.

Mucho es, por Dios. Véis aquí
este gato de dineros.

DURANDARTE.

Toma esta bolsa.

DON GAIFEROS.

Caballeros,¹
¿hay alguno entre vosotros
que sobre mis quince potros
me preste algunos dineros?

VALDOVINOS.

Véis aquí aquesta mi bolsa,
que á fe que tiene recado.

OLIVEROS.

Empeñad aqueste antojo
cuando os halléis empeñado.

DON GAIFEROS.

Primo mío, don Roldán,
prestadme vuestro caballo,
que si yo vuelvo, creed
que también vendrá el cuartago.

¹ Así en ambos textos, aunque el verso es largo.

mi dolor, mi pena y llanto,
que sólo de contemplallas
me consuelo un tanto cuanto.

MELISENDRA.

Hoy, paredes altas y odoríferas,
y para mi bien siempre pigérrimas,
mostraos á mi mal algo mortíferas;
seréis ya en mi vida celebérrimas;
que si en esto os mostráis amplíficas,
vuestras alabanzas cantaré en décimas.
Y si no lo hacéis, fuego de rábanos
os queme todas como agudos tábanos.

Un caballero parece
que se acerca por aquí.

DON GAIFEROS.

No sé qué quiquiriquí
siento en mí que me estremece
y me hace salir de mí.

MELISENDRA.

Quiero hablalle y no oso.

DON GAIFEROS.

Quiero hablalle y no puedo.

MELISENDRA.

Muy grande ha sido mi miedo.

DON GAIFEROS.

Por extremo estoy medroso.

MELISENDRA.

Quiero hablalle. ¡Ah caballero!
Pero ya vuelve hacia acá.

DON GAIFEROS.

Mandad, señora; bien podéis mandar.

MELISENDRA.

Ó es Goliat ó es Alcides.
«Caballero, si á Francia ides,
por Gaiferos preguntad.
Decilde que la su esposa
se le envía á visitar.»

DON GAIFEROS.

Melisendra es ¡vive Dios!
Mas quiero disimular,
que vengo muerto de hambre
y podría reventar.

MELISENDRA.

Pues ¿no me quieres hablar
Déboos de ser enfadosa.
Y si le habéis de buscar,
decilde que la su esposa
se le envía á encomendar.

DON GAIFEROS.

No tengo más sufrimiento.
Don Gaiferos soy, señora.

MELISENDRA.

¿Es posible que tal siento?
¡Mi regalo!

DON GAIFEROS.

¡Mi contento!

ROLDÁN.

Á buen tiempo habéis pedido,
que para hoy le he comprado
un freno de raso negro
y una silla de brocado.

DON GAIFEROS.

Abrazadme, caballeros;
abrazadme todos cuatro.

DURANDARTE.

Ayúdete San Dionis,
junto con el del lagarto.

DON GAIFEROS.

Adiós, nobles caballeros.

JORNADA SEGUNDA

Salen MELISENDRA y DOS MOROS.

MELISENDRA.

Quejarme quiero un poco si estuviera
á estas murallas, como ya me vistes,
y estando haciendo cuentas, y me oyera;
y cual siempre, cantara endechas tristes;
porque los que me esperan, desesperan,
y callando, dirán algunos chistes.
Si él esto hace, no es de caballeros.
Paredes tristes, ¿qué [es] de mi Gaiferos?
Estaráse él ahora paseando,
y en sus caballos dando mil carreras;
y también se estará refocilando
con las damas, infames cotorreras,
y yo estoy afligida aquí llorando:
no sé cuándo son burlas, cuándo veras.
Si él esto hace, no es de caballeros.
Paredes tristes, ¿qué es de mi Gaiferos?

MORO PRIMERO.

Señora, no hacer extremos,
porque si mi señor ver,
á todos hacer morer:
mera que te lo decemos.

MORO SEGUNDO.

Callar, señora, callar,
que te lo volvo á decir;
porque si llorar, morir,
é si morir, enterrar.

MELISENDRA.

Dormíos, verdugos fieros.
Paredes tristes, ¿qué es de mi Gaiferos?

(Quedan los Moros dormidos.)

Perseguida de cosas engañosas,
de pensamientos, gustos y de antojos,
y de pulgas, que son muy maliciosas,
los cabellos sin peine y con abrojos,
y de sarna, las manos con esposas,
de chinches, garrapatas y piojos;
y todo hasta que pueda ir á veros:
no se me olvidará mi don Gaiferos.

Entra DON GAIFEROS.

DON GAIFEROS.

Descanse el caballo en tanto
que les digo á estas murallas

MELISENDRA.
¡Mi jarro!

DON GAIFEROS.
¡Mi cantimplora!

MELISENDRA.
¡Mi ballesta!

DON GAIFEROS.
¡Mi bodoque!

MELISENDRA.
¡Oh cabe mío!

DON GAIFEROS.
¡Oh mi toque!

MELISENDRA.
¡Mi ochavo!

DON GAIFEROS.
¡Mi dingandux!

MELISENDRA.
¡Oh mi primera!

DON GAIFEROS.
¡Oh mi flux!

MELISENDRA.
¡Mi ciruelo!

DON GAIFEROS.
¡Mi albarquaque!

Bajad, señora, bajad.

MELISENDRA.
Parecerseme han las piernas.

DON GAIFEROS.
Yo os taparé las cavernas.

MELISENDRA.
Por ese portillo entrad.

DON GAIFEROS.
Ya entro á palabras tiernas.

MELISENDRA.
Mirad muy bien, que no hay cuerda:
¿cómo me recogeréis?

MORO SEGUNDO.
¡Ah, de la guarda!, ¡recuerda!
Porque se lleva un francés
usurpada á Melisendra.

(Váuse MELISENDRA y DON GAIFEROS, y sale el EMPERADOR
y ROLDÁN, DURANDARTE, OLIVEROS y GALALÓN.)

EMPERADOR.
¿Qué habrá la fortuna hecho
de mi hija y de mi yerno?,
que no hay fuego del infierno
que así me consuma el pecho
y me tenga en llanto eterno.

GALALÓN.
Según á buena razón,
él no debió de ir allá,
y si fué, no volverá.

EMPERADOR.
¿No callarás, Galalón?

DURANDARTE.
Si calla, reventará.

ROLDÁN.
Un correo, con gran furia,
quiere entrar en tu presencia,
y viene lleno de oruga.

EMPERADOR.
¡Si fuese alguna lechuga
que refresque mi paciencia!

CORREO.
Pues que traigo buena nueva
con que se alegre tu gente,
di que albricias al presente
me darás.

EMPERADOR.
Esta cadena.

ROLDÁN.
Ea, pues, sé diligente.

CORREO.
No es nueva sanducha,
sino gorda y muy real.

EMPERADOR.
Dila, pues, acaba.

CORREO.
Escucha.

Salió de aquí don Gaiferos,
y apenas llegó á Sansueña,
no á Sansueña, á sus murallas,
cuando vido á Melisendra.
En mirándola caló
el príncipe la visera.
Desconoció luego, luego,
Gaiferos á Melisendra;
ella en alto y él en bajo,
ella con pena, él con ella,
ella triste, él fatigado,
él affigido, ella exenta,
ella á pie, él á caballo,
ella cercada, él sin cerca.
Mas la cerca poco importa
donde el amor se atraviesa.
Y habiéndola conocido
y sabiendo que ella era,
se dijeron mil requiebros
más tiernos que berengenas.
Arrójase ella del muro;
no se quiebra la cabeza,
que la recibió en sus brazos
don Gaiferos. ¡Guerra, guerra!,
gritaban luego los moros.
Mas él, no haciendo cuenta,
y dando priesa al trotón,
se partieron de carrera.
Tirábanle los tiranos
grande multitud de flechas;
mas no hay flecha que le pase
al que ama y quiere de veras.
Volvió de rato en rato
el príncipe la cabeza,

XVII.—Entremés segundo: del Padre engañado.¹

TIENE LAS FIGURAS SIGUIENTES:

GUADARRAMA, viejo.
EL BOBO, mozo.
UN VECINO.
UN GALÁN.

ISABELILLA, hija del viejo.
DOS MÚSICOS y algún bai-
lador.

Sale GUADARRAMA, viejo, con una espada en la mano, y saca
maniatado al BOBO, y el BOBO sale con un billete en las
manos.

GUADARRAMA.
¡Anda acá, bellaco sacrilego!

BOBO.

Á fe que si yo lo fuera, que no me lo llama-
rais vos.

GUADARRAMA.

¿Qué habías de ser?

BOBO.

Clérigo.

GUADARRAMA.

No te digo eso, mentecato; que de otra cosa
más grande te imputo.

BOBO.

No, no; mirá, nosamo, como no me digáis que
soy puto, aquí de Dios y del rey que no lo su-
firé.

GUADARRAMA.

Ven acá, ladrón. ¿Á quién llevabas este bi-
llete de la honrada de mi hija?

BOBO.

No; mire nosamo, lo del billorete yo se lo
diré. Ha de saber que ella me lo dió y yo lo
tomé; y dice: «toma, Lorenzo, este billorete,
y cata aquí un real, y ves con el billete que te
doy y dáselo á quien tú sabes.»

GUADARRAMA.

De manera, galán, que se le quiso pagar el
porte primero. ¡Ah, ladrón!, que tú y mi hija
me quitáis á mí la honra.

BOBO.

La honra no os la podemos quitar nosotros.

GUADARRAMA.

Pues ¿por qué?

BOBO.

Porque no la tenéis.

GUADARRAMA.

¡Ah, bellaco! Yo te he de pasar con esta
espada, si no me dices á quién llevabas este
billete; porque eres un muy grandísimo al-
cahuete.

y volviéndola topó
la cara de Melisendra;
ella le besaba á él,
y él también besaba á ella.
Con estas cosas, señor,
al visto París se acercan.
Mirad si es buena embajada
la que sale destas cuevas.

EMPERADOR.

Avisa las chirimías;
haya regocijo y fiestas.
Galalón, ¿tú qué decías?
¿No ves qué nuevas aquestas?
Recibe las prendas mías.

ROLDÁN.

Ea, vamos, caballeros.

EMPERADOR.

Galalón, ¿no vienes tú?

GALALÓN.

Recíbalos Bercebú
con cuatro tiros pedreros.

EMPERADOR.

¡Jesú, Galalón, Jesú!

ROLDÁN.

Sabiendo aquélla, ¿qué hacemos?
Andad acá, Durandarte.

DURANDARTE.

Aquí ¿qué nos detenemos?
Vamos por aquesta parte
y á Melisendra veremos.

(Váuse todos. Sale MELISENDRA y DON GAIFEROS y el EM-
PERADOR, y todos los demás debajo una manta vieja á modo
de palio.)

EMPERADOR.

¿Posible es que puedo hablar?
Hija mía, muy amada,
ven, que para confortarte,
te hará luego una almendrada
el valiente Durandarte;
y á mi yerno don Gaiferos,
porque vendrá despeado,
dalde luego, caballeros,
un poco del pato asado
que me presentó Oliveros.

DURANDARTE.

Todos juntos holgamos de que vengáis.

EMPERADOR.

No nos detengamos más,
que allá en palacio hallaréis
y jugaréis con ellas,¹
y á mis hijos limpiaréis,
por delante y por detrás.

ROLDÁN.

Y con esto damos fin
á esta valerosa hazaña,
que no la hiciera Merlín
con su caballo de caña,
ni aun el propio matachín.

¹ Así en ambos textos. Quizá este verso fuese «tablas con
que jugaréis».

¹ En la primera parte de las *Comedias de Lope de Vega*.
Valladolid, 1609.

BOBO.

Juro á mí que eso me podéis decir, y otro no. Pero eso merezco yo, de que el día que entré yo en vuestra casa, no érais más de vos y vuestra hija, y agora quedáis más de siete ó ocho entre muchachos y muchachas.

GUADARRAMA.

¿Puedese esto sufrir con un bellaco como éste?

BOBO.

Mas ¡ay, nosamo!, que si me dejáis mucho tiempo en vuestra casa, he de venir á ser uno de los de vuestro linaje.

Entra el VECINO.

VECINO.

¿Qué es esto, señor Guadarrama, que toda la mañana le siento á vuesa merced reñir y alborotar la calle con este su mozo? Mire que parece mal un hombre como vuesa merced que ande en estas cosas.

GUADARRAMA.

¿Qué quiere vuesa merced, señor vecino, que haga, si tengo en mi casa un ladrón de mozo que le doy mi pan?

BOBO.

Pues si él me lo da, yo no me lo como.

GUADARRAMA.

Pues ¿por qué habéis vos de llevar billetes de mi hija á nadie? ¿Párecele, señor vecino, si tengo yo razón en esto ó no?

BOBO.

¿Qué le ha dado á entender, qué le ha dado á entender?

GUADARRAMA.

Pues que, ¿no es verdad lo que yo digo?

BOBO.

Mire vuesa merced, señor vecino, desengáñese, que si malos hombres hay en el mundo, uno dellos es mi amo; porque después que me tiene toda la noche atado, como si yo fuera algún podenco, porque no le quiero llevar el billorete á la honrada de su amiga, dice agora que es de su hija.

VECINO.

Pues, señor Guadarrama, si esto es así, el mozo tiene razón; que él no está obligado á llevarle á vuesa merced el billete.

GUADARRAMA.

¿De manera, señor vecino, que más crédito da vuesa merced á un mozo, á un mentecato como éste, que no á mí, que sabe muy bien los cargos públicos que he tenido?

BOBO.

Sí, deso tiene razón, que ha tenido cargos públicos y honrosos, que cuatro años hué verdugo de Toledo.

GUADARRAMA.

¿Puedese sufrir esto? Déjeme, señor vecino, que le he de romper la cabeza.

VECINO.

Repórtese vuesa merced, señor Guadarrama, que yo más crédito quiero dar á vuesa merced que no al mozo. Y vos, Lorenzo, vení acá: ¿no sabéis que vuestro amo es hombre honrado?

BOBO.

Sí señor, el año que acierta.

VECINO.

Ahora bien, señor Guadarrama, este mozo no ha de hacer ya cosa buena en casa de vuesa merced. Lo que vuesa merced ha de hacer es que le eche de casa, y así vuesa merced estará quieto y no estarán con estos contrapuntos todo el día.

GUADARRAMA.

Ahora digo que tiene vuesa merced razón; que si el mozo está en mi casa, de día ni de noche no he de tener sosiego.

BOBO.

Pues págueme lo que le debo.

GUADARRAMA.

Pues, mentecato, si tú me debes á mí, ¿qué te he de pagar yo? Ahora bien, lo que habéis de hacer es que os vais y no me paséis más estos umbrales, ni me paséis más por aquí.

BOBO.

Á qué he de volver, ¿á los banquetes que hacéis ó á convidarme á ayunar?

GUADARRAMA.

Pues di, ¿hate faltado en mi casa jamás de comer? ¿Hate faltado ninguna noche una olla podrida?

BOBO.

Sí, y de tan podrida que es se deshacen los tiestos entre los dedos.

GUADARRAMA.

Ahora bien, anda con el diablo de mi casa, y no tengamos en qué entender.

BOBO.

Ya nos iremos, borracho; amo de un bellaco; que do una puerta se cierra otra se cierra,¹ que el otro día, mire qué bien estaba yo en su casa, que hube de tomar una escodilla de vinagre y ajos y orégano, y me la bebí en ayunas.

GUADARRAMA.

Pues ¿por qué hacías eso?

BOBO.

Porque echaba las tripas en adobo, que no se me gastasen de no comer.

¹ Así en el original.

GUADARRAMA.

Mira, vete de mi casa, y no tengamos en qué entender.

BOBO.

Sí, que el otro día un alguacil me quiso llevar las muelas á galeras por vagamundas.

GUADARRAMA.

Déjeme, señor vecino, llegar á este mozo, que daquí á que yo le dé con un palo, él no se irá.

BOBO.

Ya me voy, que no me estaré aquí para limpiarle cada día sus bragueros.

VECINO.

Repórtese, señor Guadarrama, que ya se va, y no tome vuesa merced enojo por un mozo. (Vase el BOBO.)

GUADARRAMA.

Ahora digo, señor vecino, que le estoy en grande obligación, que me ha librado deste demonio de mozo. Lo que vuesa merced ahora ha de hacer es que se entre un rato desocupado en mi casa, y aquella mi mochacha me le dé una reprensión de su mano, porque viendo ella que sus faltas vienen en noticia de los vecinos, por ventura será ocasión que se enmiende.

VECINO.

Por cierto, señor Guadarrama, que lo que es eso yo lo haré; y voime, porque ha gran rato que he salido de mi tienda y hago allá falta.

GUADARRAMA.

Pues, señor, mire que le dé como digo una reprensión áspera, con toda la cólera que le sea posible; y vaya vuesa merced con Dios, señor vecino.

VECINO.

Yo lo haré así. Dios guarde á vuesa merced. (Vase el VECINO.)

GUADARRAMA.

Veamos ahora qué será de mi casa. Bien pienso que agora la tendré quieta, pues por una parte he echado al mozo, y por otra, á mi hija le dará mi vecino una reprensión áspera; que como son mochachas de poco saber, no es mucho que hagan cosas semejantes.

Entra el GALÁN y el BOBO con manto medio puesto y unas faldas de mujer.

GALÁN.

Tápate bien, Lorenzo, y verás cómo te he de volver en casa de tu amo, sin que sepa cómo ni de qué manera te he metido en su casa.

BOBO.

Mirá no me llevéis allá, que ese mi amo es un hombre sópito del diablo, que por no darme á comer no me querrá en su casa.

GALÁN.

Atápate bien y calla; no hables palabra, por la

vida.—Señor Guadarrama, beso á vuesa merced las manos muchas veces. Vuesa merced ha de saber que yo vengo aquí con una muy notable necesidad, y me pongo en las manos de vuesa merced; y es que á esta señora que traigo conmigo la halló su marido hablando con un hombre fuera del portal, y érale pariente á la mujer. El marido no lo sabe que es su pariente. Ha tenido mala sospecha de la mujer y está muy airado contra ella. Y así yo me he amparado della, que es esta señora que vuesa merced ve aquí atapada; y así suplico á vuesa merced se apiade della y la tenga en su casa entre tanto que nos atravesamos con el marido cuatro hombres honrados.

GUADARRAMA.

Señor, vuesa merced viene con tanta impesa que no sé qué le diga. Lo que es acoger yo en mi casa á esta señora, por amor de vuesa merced, yo lo haré de buena gana; pero tampoco no ha de querer vuesa merced que se haya de decir que esta mi casa es receptáculo de delincuentes.

GALÁN.

Que no hay aquí delincuente ninguno, que la mujer es muy honrada. Así que, como digo á vuesa merced, el marido ha tenido mala sospecha, y no repare vuesa merced en eso, que si la mujer hiciese alguna costa, aquí estoy yo que lo satisfaré.

GUADARRAMA.

¡Jesús, señor! Que no lo digo yo por tanto, que no es mi casa mesón ni cosa semejante; y ansí vuesa merced la deje. Y lo que le encargo á vuesa merced es que sea el negocio breve.

GALÁN.

Señor, eso quede á mi cargo, que yo terné cuidado de volver por esta señora con mucha brevedad.

BOBO.

¡Hola!

GALÁN.

¿Qué quieres? Tápate, diablo.

BOBO.

No le digáis que soy su mozo.

GALÁN.

Que no se lo diré. Ahora bien, señor Guadarrama; en manos de vuesa merced se la entrego, que yo volveré por ella con mucha brevedad.

GUADARRAMA.

Vaya vuesa merced con Dios, señor. (Vase el VECINO.) Ea, señora, deme acá esa mano. (Dale la mano el viejo y hácele una reverencia, y el BOBO, por detrás, vuelve el pie y dale una coz al viejo en las nalgas.) Señora, señora; pues si á un buen término hace vuesa merced eso, á un mal término no sé qué hará.

BOBO.

Pues él no me apriete la mano; ¡qué!, ¿soy

doncella de callecerrado á prueba de mosquete?

GUADARRAMA.

Que no se la apretaré. Vamos, señora. (*Llama el viejo á su casa.*) ¡Mochacha! ¡Isabelilla, mochacha!

(*Dice la hija de dentro.*)

ISABELILLA.

¿Qué manda, señor padre?

GUADARRAMA.

Que recibas allá esa señora y le hagas buen tratamiento, que es muy honrada.

ISABELILLA.

Sí haré, señor padre.

(*Deja el viejo al BOBO dentro en su casa y vuélvese él afuera.*)

GUADARRAMA.

¿Qué me quieres, amor, qué me quieres? ¿Qué es posible, señoras, que de solo haber tocado la mano á esta señora, que debe ser una santa Catalina, y aún digo poco, que debe ser un serafín, parece que ya la carne hacía sus reflujos? ¿De qué me espanto, de que mi hija, que está ahora en su tiempo, envíe un billete á un galán, si yo, que soy un turrón de tierra, de sólo haber tocado la mano á esta señora, como digo, he estado mil veces tentado de la carne?

(*Vuelve á salir el GALÁN.*)

GALÁN.

Señor Guadarrama, beso á vuesa merced las manos. Ya aquel negocio está remediado. Ya el marido de la mujer está satisfecho y sabe cómo le era pariente; y así vengo á que vuesa merced me entregue á esa señora, porque ya todo está remediado.

GUADARRAMA.

Digo, señor, que se la entregaré de muy buena gana, y que me huelgo de que esté todo asentado. (*Vuelve á llamar el viejo á su casa.*) ¡Mochacha! ¡Isabelilla!, ¿qué digo?

ISABELILLA.

¿Qué manda, señor padre?

GUADARRAMA.

Dile á esa señora que salga y que se alegre, que ya tiene sentencia en favor.

ISABELILLA.

Ya va, señor padre, ya va.

(*Salen ISABELILLA, hija del viejo, atafada con el manto que entró el BOBO, y quédase el BOBO en casa, y el viejo la entrega á su hija al GALÁN.*)

GUADARRAMA.

Véala aquí, señor, tan buena y sana como me la dió.

GALÁN.

Señor Guadarrama, mire vuesa merced si

esa señora ha hecho alguna costa, que lo quiero pagar.

GUADARRAMA.

¡Jesús, señor! Vaya vuesa merced con Dios, que esa señora ha sido tan honrada, que creo que no se ha descubierto la cara de vergüenza, y no digo la cara, pero certifícole á vuesa merced que no le he podido ver aún un ojo.

GALÁN.

Pues señor, beso á vuesa merced las manos.

GUADARRAMA.

Vaya vuesa merced con Dios, señor. (*Vase el GALÁN con la hija del viejo.*) Ahora bien, quiérome entrar en mi casa y decirle á mi hija que mire lo que hace, que vea lo que ha pasado por esta señora, y que si se casa, que sepa cómo ha de guardar las ocasiones. Pero mejor será llamarla aquí fuera, ¿qué digo? ¡Isabelilla, mochacha! ¡Ah Isabelilla!

(*Salen el BOBO á la ventana por arriba, ya sin manto.*)

BOBO.

Padre mío, muy amado, con tus ásperas razones, me han salido estos mechones, y de cólera he barbado.

GUADARRAMA.

¡Jesús, Jesús! ¿Has entrado en mi casa por arte de encantamento?

BOBO.

No hay ningún encantamento, que el que á tu hija llevé, en su lugar me dejó angustias, ansias y tormento.

GUADARRAMA.

Dime, ladrón, ¿quién te ha metido en mi casa?

BOBO.

Con esa mano caduca en tu casa me entraste, y á tu hija la entregaste al que ahora la machuca.

(*Entran dos Músicos cantando, un bailarín con sonajas, y el GALÁN casado con la hija del viejo, y vienen de la mano.*)

MÚSICOS.

Recíbelos con amor, suegrecito de valor; recíbelos con amor.

GUADARRAMA.

¿Qué es esto, señores? ¿Esto se puede sufrir, llevarme á mi hija, y agora traérmela abrazándose con esa galán?

BOBO.

Caduco viejo, afligido, sin razón me has despedido; si no quedo remetido, denunciaré que has metido caballos en Aragón.

MÚSICOS.

Recíbelos con amor, suegrecito de valor; recíbelos con amor.

GUADARRAMA.

Baja acá, mozo; baja, ladrón. Dame mis armas. ¿Qué es de mi espada?

BOBO.

En el pajar está, señor.

GUADARRAMA.

¿Adónde está mi casco?

BOBO.

El otro día lo ví, que habían dado una comida de salvado á las gallinas.

GUADARRAMA.

¿Hay tan grande desventura como la mía con este mozo?

(*Entra el VECINO.*)

VECINO.

¿Qué es esto, señor Guadarrama? Esta mañana tantos pleitos en casa de vuesa merced, que fué necesario hacerle despedir el mozo de casa, y agora he sentido mucho negocio de música y cantar; recíbelos con amor y todo eso; cierto que no sé á qué lo atribuya.

GUADARRAMA.

¡Ah, señor!, que es muy diferente negocio de lo que vuesa merced piensa. Mire vuesa merced cómo me viene mi hija, ya casada sin darme parte daquí agora; y el mozo que esta mañana despedí de mi casa, que me haya vuelto á casa.

VECINO.

Pues ¿qué se ha de hacer, señor? Recíbalos, señor, en su casa.

(*Baja el BOBO de arriba.*)

BOBO.

Eso sí, recíbalos, Abraham de mala mano.

GUADARRAMA.

Déjeme, señor vecino, que quiero hacer un desatino con este mozo.

VECINO.

Déjese estar, señor, ahora de eso; y lo que ha de hacer es dar la bendición á su hija y á su marido y recíbirlos en su casa.

GUADARRAMA.

Eso no me lo mande vuesa merced, señor vecino, porque no lo haré.

BOBO.

Ea, recíbalos, verdugo de *Flosanctorum*.

GUADARRAMA.

Por su vida, señor vecino, que no se ponga de por medio, porque este mozo me hace perder la paciencia.

VECINO.

Vaya, señor Guadarrama, que hoy no es día deso. Al mozo déjelo estar y reciba á su hija en casa, y déle su bendición.

GUADARRAMA.

Venga acá, señor vecino, ¿cómo quiere que la reciba en mi casa? Considere vuesa merced que si vuesa merced tuviera en su casa una perdiz para cenar asada, y salpimentada, y tuviera un gato y se la llevara, ¿á este tal gato recibiéralo en su casa?

VECINO.

Y venga acá, por vida suya; ¿si este tal gato le volviera á vuesa merced la perdiz asada y salpimentada?

BOBO.

Como este señor, que le vuelve á su hija ya salpimentada.

GUADARRAMA.

Ahora digo á vuesa merced, señor vecino, que las palabras de vuesa merced son tan eficaces, que no me puedo resistir. Ven acá, hija; ven acá, oveja perdida, recibe mi bendición.

BOBO.

Eso sí, bendígalos, Poncio Pilatos.

GUADARRAMA.

Déjenme, señores, con este mozo, que siempre me está echando apodos.

VECINO.

Ea, déjese, señor, ahora de todo eso, y estos señores músicos vuelvan á cantar un poco, y regocijar la fiesta.

MÚSICOS.

Recíbelos con amor, suegrecito de valor; recíbelos [con amor].

BOBO.

Aguárdense, que aún falta mi copra.

GUADARRAMA.

Ea, que tú siempre dirás una y mala.

BOBO.

Viejo de paño francés, molde hecho del revés, recíbelos, que en un mes, no entren en casa tus pies ni tu cara de atambor.

MÚSICOS.

Recíbelos con amor, suegrecito de valor; recíbelos con amor.

GUADARRAMA.

Ya del todo he perdido la paciencia. Déjeme, señor, con este demonio de mozo, que no se me ha de escapar desta vez.

(*Llégase el viejo al BOBO y cae por el costado, y el BOBO, por huir, cae también, y los Músicos por una parte, y otros por otra, se van todos y se acaba el entremés.*)

27

XVIII.—Entremés tercero:
del Capeador.¹

SON FIGURAS LAS SIGUIENTES:

EL CAPEADOR.	UN ALQUACIL y sus
EL BOBO.	ministros.
UN JUGADOR.	

Sale el CAPEADOR solo y con dos espadas.

CAPEADOR.

Una ánima sola ni canta ni llora. Dígole por mí, que después que el verdugo de Valencia acabó los días de mi compañero, me siento el hombre más perdido que tiene el mundo, porque mientras él vivió, aún hacíamos alguna cosa de consideración, como era algún hurto de docientos ó trecientos; pero ahora, lleve el diablo si he hecho hurto que valga de diez blancas arriba; porque un hombre solo ni se atreve á una capa, ni acometer á nadie. Y así ando buscando un camarada que me ayudase á pasar esta vida: él en un cantón, yo en otro, mal sería que no captivásemos algunas capas.

Sale el Bobo vocando.

BOBO.

¡Valga el diablo al carnicero falso, que juro á diez que probaré que soy más ruín hombre que la puta que os parió!

CAPEADOR.

¿Qué es eso, hermano, qué tenéis?

BOBO.

Yo las he con ese borracho carnicero.

CAPEADOR.

Pues ¿qué os ha hecho?

BOBO.

Yo os lo diré. Heis de saber que mi mujer me dijo: «Tomá, Lorenzo, andá á la carnicería y traeos un real de carne.» Yo cojo el real, voy, y dígole al carnicero: «Echáme acá un real dese carnero.» El pone un pedazo de carne en aquellas alforjas de hierro.

CAPEADOR.

¿En el peso?

BOBO.

Que no era el queso.

CAPEADOR.

El peso digo.

BOBO.

Sí, el peso creo que era, señor. Y mirá; yo ví que la carne era poca, que daquí á en eso tengo buen ojo. Dígole: «¿Qué?, ¿dais os á entender que hoy jueves, que hemos de comer arroz, que me ponéis tanto sebo? No quiero esa carne.» El, que oye eso, dícame: «Sois un

¹ En la primera parte de las *Comedias de Lope de Vega*. Valladolid, 1609.

ruín hombre.» Dígole yo: «Mentís, y va un cuarto.» El, que oye «mentís», abájase, y toma una de aquellas pesas y tíramela á la cabeza. Yo, que la veo venir, abajo la cabeza y déjola pasar, y como dice el rufián...

CAPEADOR.

El refrán dirás.

BOBO.

Sí, refrán, que no hay palabra sin respuesta; abájome y cojo la misma piedra, y tírosela y pégole en el ojo.

CAPEADOR.

¿En el ojo? ¿El ojo le habrás sacado?

BOBO.

No, que antes se lo he metido dos dedos más adentro.

CAPEADOR.

Vaya; aquel ojo perderá.

BOBO.

No hará, que con un candil lo quedaban buscando.

CAPEADOR.

Yo creo que tú le has muerto.

BOBO.

No está muerto, que agora lo ponían muy polido, como fraile francisco para llevarlo á la iglesia.

CAPEADOR.

Ahora bien, hermano; vos no podéis ya andar por la ciudad, por eso que habéis hecho, á lo menos de día; y para eso tengo yo un oficio muy bueno que es oficio de noche.

BOBO.

¡Vos! ¿Y qué oficio tenéis?

CAPEADOR.

Hermano, yo soy murcio.

BOBO.

Pues yo soy Origüela, que cae más acá de Murcia.

CAPEADOR.

No digo eso, hermano, sino que soy poleo.

BOBO.

Pues yo soy orégano, que también lo ponen en las aceitunas.

CAPEADOR.

¡Oh, qué hombre tan mal entendido! Dígoos más en romance que soy birlo.

BOBO.

Pues yo soy bola que derribo ese birlo.

CAPEADOR.

¡Qué hombre este tan mal entendido! Cierto que lástima ver que poco sabe; pero estos son á veces los que salen buenos capeadores. Hermano, digo os, en efecto, que yo soy capeador.

BOBO.

¿Capador? Pues mire, no me cape por reverencia de Dios, que en todo mi linaje no había mejor oficial que yo; y ya ve, si me capa, quedaré impotente, que después no aprovecharé para nada.

CAPEADOR.

Hermano, yo no os he de hacer nada. Dígoos que soy capeador. Soy ladrón, en efecto, que hurto capas, y es un oficio muy bueno, porque vivimos sin trabajar.

BOBO.

¿Que vos sois ladrón? Juro á diez que entendí yo que tenían otra color los ladrones. Y escuchá: ¿y ese es buen oficio? porque me han dicho que nunca llegáis á viejos, que luego dicen que os hacen deceprinantes de á caballo.

CAPEADOR.

No, hermano, que eso es á los ladroncillos de poco más ó menos que hurtan un rábano y una lechuga y cosas semejantes; pero yo, hermano, soy de los ladrones que hoy hurtamos diez escudos, mañana veinte, esotro día cincuenta, y desta manera imos subiendo de grada en grada.

BOBO.

Daquí á que venís á dar en la horca.

CAPEADOR.

No, nada deso, sino daquí á que venimos á tener muchos ducados y ser muy ricos, y los deste oficio nos damos buena vida.

BOBO.

Pero siempre debéis de tener mala muerte.

CAPEADOR.

Señor, en efecto, si vos lo queréis ser, mucho de norabuena, y si no, haced lo que os diere gusto.

BOBO.

Ahora bien; yo quiero ser dese oficio. Avézame lo que he de hacer.

CAPEADOR.

Lo primero que habéis de hacer, es esto: hacé cuenta que viene un hombre por esta esquina, y luego, en viéndole venir, habéis de echar mano y tentalle la capa; y si tiene buen pelo, le llamamos Pedro, y si es raída, Rodrigo. Y si veis, como digo, que es buena y tiene pelo, échale mano y dalle dos esplañizos, y llamáis: ¡poleo, poleo! Yo, en oír eso, como estaré en la otra esquina más adelante, en oír «poleo» saltaré luego y seré en tu ayuda; cogerémosle la capa y daremos con ella en un bodegón y comeremos como unos príncipes. ¿Tiéneslo entendido?

BOBO.

Sí, muy bien.

CAPEADOR.

Pues hacé caso, que soy yo el que has de quitar la capa. Tomá esta espada, que yo traigo

otra ceñida, y veamos con qué delicadeza lo harás.

BOBO.

Que yo ya lo sabré muy bien hacer eso. ¿Hay sino llegar á él y decirle: «ea, deja la capa», y dalle un esplañizazo desta manera?

CAPEADOR.

¿Y si él repara y te revuelve la espada y te da?

BOBO.

Pues eso no me lo habéis enseñado. Ya no quiero ser dese oficio, si eso es.

CAPEADOR.

Pues para eso está la discreción de las personas, hermano; que si te repara, acometerle por otra parte y dar voces «¡poleo, poleo!», que ya te digo que yo estaré á la otra parte, y en sintiéndote, he de dar favor.

BOBO.

Ea, pues; que bien sabré hacerlo eso.

CAPEADOR.

Ahora, pues, ponte en ese cantón, que me porné en este de más adentro; y ten cuenta que en ser menester, que des aviso.

BOBO.

Ya estoy en el caso. Bien te puedes ir á poner en tu esquina.

CAPEADOR.

Pues, norabuena; ya voy.

(Éntrase el CAPEADOR y pónese tras de una cortina y quédase el BOBO solo.)

BOBO.

Ahora bien, yo quiero ver si éste me engaña ó si en decir poleo acude: ¡hola, poleo, poleo, poleo; aquí la capa, ayuda!

Sale el CAPEADOR.

CAPEADOR.

Qués eso, ¿á dostá la capa? ¿Para qué das voces?

BOBO.

Aquí, ayuda; siete, son siete.

CAPEADOR.

¿Cómo siete?

BOBO.

Siete hombres.

CAPEADOR.

¿A dó están los siete?

BOBO.

Pues un gato, ¿no dices que tiene siete vidas?

CAPEADOR.

Pues ¿qué tiene que ver esto con esotro? Mira, no llames, que no sea que tengas alguna capa, porque si llamas, veo que me burlas, alguna vez te hallarás burlado, que no saldré aunque me llames, y te verás en necesidad;

ansí que ten buena cuenta, que yo me vuelvo al puesto.

(Vuélvese á poner el CAPEADOR dentro de la cortina.)

BOBO.

No os llamaré, ya que no tengo capá ó algo.

Sale un JUGADOR alborotado.

JUGADOR.

¡Valga el diablo el juego, aun quien lo inventó! ¿Que es posible, señores, que de cien veces que me pongo á jugar, las noventa y nueve pierdo, y una que gano, luego todos: «venga barato»? ¡Lleve el diablo el barato! ¡Plegue á Dios, juro á tal, que si me viniera nadie por aquí ahora que le había de deshacer la cara!

BOBO.

Venga la capa, deje la capa: ¡hola!, poleo.

JUGADOR.

¿Qué es eso? ¡Hola! ¿Con quién las habéis?

BOBO.

Con vos; que dejéis la capa, que la he de llevar á un bodegón y comer, y darme una vida con ella tres ó cuatro días que no la tenga mejor un príncipe.

JUGADOR.

¡Bueno es eso, por Dios! Pues no más de por eso habéis vos dejar esa espada. Dejá la espada, ó os pasaré esta mía por el cuerpo. Acabá; dejá esa espada os digo.

BOBO.

Tome, señor, por amor de Dios, que basta con su cólera á acobardarme.

JUGADOR.

Pues más habéis de hacer: dejá ese sayo, quitaoslo luego; acabá, y también la caperuza. Presto, acabá, señor.

BOBO.

Mire, no me quite el sayo, señor, que no tengo otro. ¡Poleo, poleo!

JUGADOR.

¿A quién llamáis?

BOBO.

No, á nadie, señor jugador.

JUGADOR.

Pues ¿á quién dábaís esas voces? No me voceéis más, que os haré tragar esta espada; y acabá, dejá presto ese sayo; quitaos esa caperuza, acabá.

BOBO.

Tome, señor; solamente se me vaya y me deje; no me esté aquí con sus cóleras, que me hace volver la palabra al cuerpo.

JUGADOR.

¡Juro á tal, que si no mirara que soy cristiano, que no os había de dejar con la vida!

(Hace que se va el JUGADOR con el sayo y caperuza y espada del BOBO.)

BOBO.

Sí, de un bellaco, que te me llevas la ropa.

JUGADOR.

¡Cómo! ¿Qué es eso? ¿Aún habláis palabra? ¿Qué es eso que decíais?

BOBO.

No señor, no era yo el que hablaba.

JUGADOR.

Por eso digo; no me habléis palabra, que espletaré en vos mi cólera.

BOBO.

No, no señor; no le diré más nada.

JUGADOR.

Por eso digo. *(Acábase de ir el JUGADOR.)*

BOBO.

¡Hola! ¡Poleo, poleo!

Sale el CAPEADOR.

CAPEADOR.

¿Qué es? ¿Qué quieres? ¿Qué es de la capa? ¿Hasla cogido?

BOBO.

¿Cómo cogido? Antes me han cogido á mí mi sayo y la espada que me dísteis y la caperuza.

CAPEADOR.

Pues ¿cómo ha sido eso? ¿Por qué te has dejado llevar el sayo? ¿Para qué efecto te enseñé yo lo que habías de hacer?

BOBO.

Pues tú no me enseñaste bien el oficio, que no me dijistes que el otro también traía espada y me había de venir con cólera como vino, que me quería sorber como si yo fuese huevo.

CAPEADOR.

Pues ¿eso era menester decir? Ahora bien, señor, vos habéis de cobrar mi espada que os he dado, ó estarás aquí daquí á que podáis hurtar otra; y esto habéis de hacer.

BOBO.

No, no más, que mal oficio es este del diablo, que pienso que he de llevar la capa del otro, y hánme llevado mi sayo y lo demás.

CAPEADOR.

Pues, hermano, la espada me has de volver, sea de cualquier suerte ó modo; así que tú te has de volver á poner en tu puesto, que yo me porné en el mío, y procura luego de dar voces, y verás como yo te haré que quitemos, no digo una capa y espada, pero muchas.

BOBO.

Ea, pues vuelve á tu puesto. *(Vuélvese el CAPEADOR á poner detrás de la cortina.)* ¡Juro á diez que he de burlar á éste si yo puedo hurtar alguna espada ó capa!

Sale el JUGADOR con un ALGUACIL y acompañantes del ALGUACIL.

JUGADOR.

Dígole á vuesa merced, señor alguacil, que me quisieron quitar la capa un bellacón saliéndome de la bandera, y que me vi en grandísima confusión. Mire vuesa merced cómo se puede sufrir esto en una ciudad como esta.

ALGUACIL.

¿Que es posible, señor, que á esta hora, que es aún casi de día, le habían de querer quitar la capa? Espántome cierto.

JUGADOR.

Digo, señor, que es como se lo digo á vuesa merced. El que me la quería quitar este es, el ladrón bellaco.

ALGUACIL.

¿Este? Asilde; ¡hola!

BOBO.

¿Qué es lo que quieren?

ALGUACIL.

Vení acá, hermano: ¿de qué vivís?

BOBO.

Yo, señor, soy capeador.

ALGUACIL.

¿Capeador?

BOBO.

Sí, señor; y poleo me lo ha enseñado el oficio, y quitar una capa, y irse al bodegón, y tener buena vida con ella cuatro ó seis días.

ALGUACIL.

¡Bueno es eso por cierto! ¿Y quién es ese poleo?

BOBO.

Aquí está, señor; yo lo llamaré: ¡hola!, ¡poleo, poleo!

Sale el CAPEADOR.

CAPEADOR.

¿Qué es eso que tienes, Lorenzo?

ALGUACIL.

Vení acá, hermano: ¿de qué vivís vos?

CAPEADOR.

¿Yo, señor?, de mi renta.

BOBO.

Sí, señor, todo lo que hurta es su renta.

CAPEADOR.

Calla, demonio, que me descubres.

BOBO.

Pues ¿tú no me dijiste que eras ladrón y capeador, y que era buen oficio?

CAPEADOR.

Calla ahora eso.

ALGUACIL.

Pues que esto pasa, téngase al rey.

BOBO.

Señor, aquí ninguno se cae; no hay que tener.

ALGUACIL.

¡Hola! ¡Aquí, ayuda al rey!

BOBO.

Mire, si quiere ayuda váyase al hospital, que allí le darán hartas.

ALGUACIL.

Así ahí, ese; tené esotro: ¡hola!, ¡aquí!

BOBO.

Deje él esa capa, deje la espada, ¡á ellos! ¡Poleo, ánimo! ¡Ay, que se huyen! Ea, señores, éntre otro á esgrimir, que yo ya he acabado.

(Aquí quita el BOBO la espada al ALGUACIL y le comienza á dar esplañizos, y le hace dejar la capa también al JUGADOR, y dan todos á huir; y el BOBO y el CAPEADOR plegan las capas y espadas, y se entran por otra parte, y se acaba el tercer entremés.)

28

XIX.—Entremés cuarto: del Doctor Simple.¹

SALEN EN ÉL LAS FIGURAS SIGUIENTES:

EL DOCTOR.	UNA MUJER.
PERICO, mozo.	SALAZAR.
LORENZO, BOBO, mozo del doctor.	UN ALGUACIL.

Sale el DOCTOR.

DOCTOR.

Por cierto que tiene trabajo, y muy grande, el hombre que ha menester tener en su casa hijos de otri. Dígolo por mí, que tengo dos mozos en mi casa, y si acaso les mando alguna cosa, el uno por el otro jamás quieren hacer nada. Ahora se me ofrece haber de ir un poco de camino, y quisiera encomendarles la casa á los dos juntos, y por tanto los quiero llamar aquí fuera. ¡Ah Perico, Perico, Lorenzo, Perico! ¿No oyes?

Sale PERICO.

PERICO.

¿Qué manda, señor, qué manda?

DOCTOR.

Que estás allá dentro todo el día, y me estoy yo aquí quebrantando la cabeza llamándote. ¿Qué hacías?

PERICO.

Señor, estaba sacando aquellas cuentas que me dió vuesa merced que sacase.

DOCTOR.

¿Qué de Lorenzo?

¹ En la primera parte de las Comedias de Lope de Vega. Valladolid, 1609.

PERICO.

No sé cierto, señor. Me parece que me dijo denantes que vuesa merced lo enviaba por un pastel.

DOCTOR.

Ansí, tienes razón; tanto se está, que ya no me acordaba que lo había enviado.

Sale LORENZO, que es el bobo, con un plato en las manos y puesta una capa parda.

BOBO.

¡Vaya al diablo el pastelero falso! Mire; yo, señor, ya se lo dije, para qué me ponían capa, que como yo no estaba vezado allá en mi tierra de llevarla, que no la sabría llevar.

DOCTOR.

¿Qué tienes, Lorenzo? Ven acá: ¿no traes el pastel?

BOBO.

¿Yo pastel? Pues si yo lo trujera, ¿qué me faltara á mí?

DOCTOR.

Pues ven acá: ¿cómo ha sido eso? ¡Qué!, ¿hásete caído?

BOBO.

Que no, señor, sino que yo venía con el pastel en el prato, y traía la capa abrigada, y de aquel vaho del pastel dábame la olor en las ollisgaderas, ¡juro á mí!, como si estuviera preñado; no pude reposar de aquí á que me lo comí.

PERICO.

Eso sí ques bueno, y no como yo, que me estoy aquí por sacarle las cuentas todo el día allá dentro.

BOBO.

¿Sabe qué cuentas sacaba?

DOCTOR.

¿Qué cuentas?

BOBO.

Sacaba las alberengenas de la olla de la miel y contábalas de una en una; y esas eran las cuentas que él sacaba.

PERICO.

Ahora bien, que ya lo ha dicho; y tú, ¿por qué no dices ahora lo de las camuezas?

BOBO.

No, no lo digas eso de las camuezas.

DOCTOR.

¿Qué fué aquello de las camuezas?

BOBO.

Mire, señor, yo se lo diré. Ha de saber quel otro día que me envió al ministerio de las monjas con aquel tabique de camuezas, que yo las iba mirando, y ellas mirábanme también; la verdad que se diga, las camuesas ciento eran, pero cinco quedaron.

DOCTOR.

Ahora digo que estoy bueno y que tengo

buenos mozos. El uno se me come las alberengenas con miel; el otro las camuezas que enviaba á mi hija la monja. Yo tengo buen servicio por cierto.

BOBO.

Pues después acá no hago sino echar camuezas por la culata.

DOCTOR.

Ahora, señores, dejemos cosas aparte. Yo me he de ir fuera, y os quiero á los dos dejar encomendada la casa, porque me han enviado á llamar para un enfermo que [he] de visitar, y creo seré aquí á la noche. Procurá de que cuando venga que halle en casa algún mal guisado, y veréis cómo yo os daré muchos palos; sino lo que habéis de hacer es que me tengáis buena cuenta con la casa, que yo verné y cenaremos muy bien. ¿Habeislo entendido?

PERICO.

Sí, señor, muy bien.

DOCTOR.

Pues ahora bien; yo me voy. Mira, Lorenzo, que á ti te encargo la casa, y guárdate de este Perico, que es un bellaco, no te engañe.

BOBO.

Ya lo entiendo, señor.

DOCTOR.

Ahora, pues, yo me voy.

BOBO.

Señor, ¿déjanos la mula en casa?

DOCTOR.

Pues ¿en qué había de ir yo?

BOBO.

¡Juro á diez que si nos la dejara, que la habíamos de echar en la olla! *(Vase el Doctor.)*

PERICO.

Ahora bien, Lorenzo; ya se ha ido el amo, y como sabes, no nos deja qué comer. ¿Hoy qué habemos de hacer?

BOBO.

Echarnos á rodar.

PERICO.

No te digo eso, sino que qué orden hemos de tener de vivir hoy que no está aquí el amo.

BOBO.

¿Qué orden? No morirnos de aquí á mañana.

PERICO.

No te digo eso, mentecato, que no te entiendes, sino que qué podríamos hacer para ganar cuatro pares de reales para comer.

BOBO.

Eso no sé, pardiez.

PERICO.

Pues ven acá. Si tú quisieras ponerte la ropa de levantar del amo y sentarte en una

MUJER.

¡Jesús! ¿Qué es posible que eso ha bebido!

PERICO.

Ahí verá vuesa merced el señor doctor cuanto deseo tiene de curar á su madre, que no se satisface de ver la orina, sino que quiere gustar. Acaba, ordenalde un cordial.

BOBO.

Yo le ordeno un rejalgar.

MUJER.

¿Rejalgar, señor? Pues ¿quiérela matar?

PERICO.

No señora, que el señor doctor dice que le haga vuesa merced una fajadura de polvos de rejalgar y se la ponga en el ombligo.

MUJER.

Muy bien está eso, señor; ¿y no se ha de hacer otro?

PERICO.

Ordénale unos confortativos.

BOBO.

Yo le ordeno también unos higos.

MUJER.

¿Higos, señor? Pues ¿para qué efecto?

PERICO.

Señora, que los polvos del rejalgar con los higos se mezcle muy bien y se haga la fajadura; y no tiene más que hacer.

MUJER.

Pues, señor, tome vuesa merced dos reales, y perdone.

PERICO.

Vaya con Dios. *(Vase la Mujer.)* Ahora bien, Lorenzo, ya tenemos dos reales.

BOBO.

Ea, pues, vamos al bodegón.

PERICO.

No, no, que aún es temprano; aguardemos que venga más gente.

BOBO.

Pues vengan los dos reales.

PERICO.

Eso no, que yo los guardaré, que el mozo ha de guardar el dinero.

BOBO.

Pues si eso es, ponte tú la ropa y yo seré el mozo, á trueque de guardar el dinero.

PERICO.

¿Tú sabrás hacer lo que yo hago, que aún no sabes ordenarle lo que te digo que le ordenes: un cordial, y tú le ordenas un rejalgar?

BOBO.

No, eso no, que tú rejalgar me dijistes.

silla como si fueses doctor, vernán algunos con alguna orina á pedir remedio para alguna enfermedad; yo me fingiría que soy tu mozo, y diríate bajico lo que me parecía que podrías aplicar á la enfermedad; y hecho esto, el otro luego se echará mano á la bolsa y daros ha cuatro reales ó dos; y irnos hemos luego á un bodegón y comeremos y beberemos, y darnos hemos buena vida.

BOBO.

Verná alguno y darnos ha de palos, y eso ternemos de más.

PERICO.

Que no; nada de eso. ¡Bueno estás!; sino que nos han de dar dineros como te digo.

BOBO.

No; mira, ponte tú la ropa, y yo seré tu mozo; y desa manera sí, pero yo me haya de poner la ropa, no.

PERICO.

Si tú supieses tener un buen razonamiento con los que viniesen y darles razón y hacerles entrar y todo eso, yo me pornía la ropa; pero tú no sabrás: así que te es mejor que te pongas la ropa. Toma, y siéntate en esta silla presto; acaba, haz del grave, que viene gente.

Entra la MUJER.

MUJER.

¡Ah de casa! ¿Quién está en casa?

PERICO.

¿Quién llama? ¿Quién está ahí?

MUJER.

¿Está en casa el señor doctor?

PERICO.

Sí, señora. Entre vuesa merced. ¡Hola!, mira que sepas hacer del grave.

MUJER.

Señor doctor, beso las manos á vuesa merced. Ha de saber, señor, que yo tengo á mi madre muy mala, y así traigo á vuesa merced la orina para que vuesa merced le dé algún remedio, porque se está muriendo.

BOBO.

Ven acá. ¿Qué oficio tiene tu madre?

MUJER.

Señor, lavandera.

BOBO.

Bien se echa de ver aquí en la orina, que vienen en ella los trapos.

MUJER.

Eso, señor, mire, mire que es la espuma.

BOBO.

¡Juro á mí, pues, que he de ver qué cosa es la espuma!

(Bébase el Bobo la orina, que será un poco de vino blanco.)